

Mirtha Rivero

La oscuridad no llegó sola

Crónica de una tragedia venezolana



Editorial Alfa

Índice de contenido

Presentación	11
INTROITO	
Capítulo 1. El suplente.....	23
Capítulo 2. Faltó coraje político	37
DITIRAMBO	
Capítulo 3. Verbo encantado	47
Capítulo 4. Uniformado de traje típico	54
Capítulo 5. La nueva alianza	60
Capítulo 6. Desde el púlpito	78
Capítulo 7. En estado gaseoso.....	83
Capítulo 8. La corte celestial	93
Capítulo 9. La tapa del frasco y el rumbo torcido	99
Capítulo 10. Señales	105
Capítulo 11. <i>Ab initio</i>	115
Capítulo 12. El kino	130
Capítulo 13. Supratodo.....	136
Capítulo 14. El hegemón.....	142
Capítulo 15. La voz de Miraflores	153
Capítulo 16. Sin lastres.....	158
Capítulo 17. El Estado soy yo.....	164
Capítulo 18. La aplanadora.....	169
Capítulo 19. <i>Aló, Presidente</i>	177
Capítulo 20. A discreción.....	187
Capítulo 21. Con mis hijos no te metas	192

TRAGEDIA I

Capítulo 22. El paquete de la habilitante.....	209
Capítulo 23. 10 de diciembre: locomotora en marcha.....	223
Capítulo 24. 23 de enero, el comienzo de una saga	235
Capítulo 25. Cosas de familia	247
Capítulo 26. El habilitado	264
Capítulo 27. Rumores de la banda fronteriza	272
Capítulo 28. Marginales con poder	294
Capítulo 29. Obvio	307
Capítulo 30. Gran paréntesis: petróleo y algo más	321
Capítulo 31. Casilla de no retorno	372
Capítulo 32. En tropel	392
Capítulo 33. <i>Exit</i>	398
Capítulo 34. Bipartito	410
Capítulo 35. Civiles y militares, uníos	414
Capítulo 36. El convenio con Cuba.....	428
Capítulo 37. Conspiración a cielo abierto	434
Capítulo 38. El cardenal y el clima	447
Capítulo 39. Venezuela siempre nos desbordó	458
Capítulo 40. Armando el rompecabezas ¿de un <i>putsch</i> ?.....	467
Capítulo 41. Casar una pelea.....	489
Capítulo 42. Pacto de La Esmeralda.....	496
Capítulo 43. La nueva plaza	513
Capítulo 44. Conversaciones en La Roca.....	531
Capítulo 45. De las idas y venidas de marzo.....	545
Capítulo 46. Rapido	576
Capítulo 47. No fue por <i>forfeit</i> , fue por errores.....	586

TRAGEDIA II

Episodio 1. 11-A

Capítulo 48. <i>Offside!</i>	605
Capítulo 49. 7 de abril de 2002.....	619
Capítulo 50. Entre cadenas	634
Capítulo 51. ¿Y ustedes están seguros?.....	652
Capítulo 52. Te llamarás Jesús	661

Capítulo 53. En vísperas.....	676
Capítulo 54. Hasta las diez de la mañana.....	701
Capítulo 55. Tanques livianos	710
Capítulo 56. ¿Para qué te digo que no?.....	714
Capítulo 57. ¡A Miraflores!.....	732
Capítulo 58. Al mediodía.....	738
Capítulo 59. ¡Que bajen los cerros!.....	746
Capítulo 60. ¿Francotiradores?.....	754
Capítulo 61. Sin título	760
Capítulo 62. Los nombres que faltaron.....	839
Capítulo 63. La cadena.....	845
Capítulo 64. Te ordeno la aplicación del Plan.....	867
Capítulo 65. ¿Cómo se llama la película?	880
Capítulo 66. La cual aceptó	897
Capítulo 67. Ahora, ¿qué?.....	932
Capítulo 68. Decisiones.....	937
Capítulo 69. ¿Y la junta?	947
Capítulo 70. Un televisor y un teléfono	964
Capítulo 71. Quédense para el acto	970
Capítulo 72. El decreto	986
Capítulo 73. Ni un barril más para Cuba	1007
Capítulo 74. Las cosas no estaban saliendo	1011
Capítulo 75. Curanderos	1024
Capítulo 76. El sutil y perverso uso del sistema de justicia.....	1069

Episodio 2. Plaza Altamira

Capítulo 77. <i>Previously</i>	1078
Capítulo 78. La Toma de Caracas	1089
Capítulo 79. Pronunciarse.....	1095
Capítulo 80. ¡Nos jodimos!	1102
Capítulo 81. El cuartel de la plaza	1110
Capítulo 82. La Mesa y la plaza.....	1120
Capítulo 83. La plaza en la Mesa.....	1131
Capítulo 84. ¡Altamira!.....	1140

Episodio 3. El paro

Capítulo 85. Destilación.....	1164
Capítulo 86. Petroleros	1178
Capítulo 87. La primera fecha	1196
Capítulo 88. De cómo se revive un paro.....	1201
Capítulo 89. Embarque.....	1208
Capítulo 90. El punto de inflexión	1212
Capítulo 91. Cuando el paro comienza a cambiar de apellido...	1220
Capítulo 92. 6 de diciembre de 2002.....	1225
Capítulo 93. <i>Electroshock</i>	1245
Capítulo 94. <i>Aló, ciudadano</i>	1252
Capítulo 95. ¿Hasta que se vaya?.....	1259
Capítulo 96. ¿Qué pasa si el pozo sale seco?	1265

A MANERA DE CODA

Capítulo 97. Diario de una ruta retorcida	1297
Capítulo 98. Todavía era de noche.....	1337
Epílogo 1	1339
Epílogo 2	1345
Epílogo 3	1347
Agradecimientos	1349
Índice de nombres.....	1351

Presentación

TERMINO DE ESCRIBIR ESTA historia acompañada por mi gata Paulina, que ha vuelto a dormitar a mi estudio. Había dejado de hacerlo —me di cuenta— justo al comenzar los capítulos más intrincados, y así continuó —alejada— cuando estuvimos en otro país y tuve otro escritorio. No volvió ni siquiera cuando regresamos al estudio y a la casa de siempre. Se aventuró como un año más tarde —en 2022—, y muy de vez en cuando: aparecía al cabo de su siesta matutina —entre la una y las dos de la tarde— o después de la vespertina —en torno a las siete de la noche—, reclamaba atención y, cuando sus intentos no lograban que me despegara del teclado y la pantalla, se aposentaba encima de libros y papeles desplegados sobre la mesa. Pero esas visitas eran esporádicas. Pocos días antes de poner el punto final a mi texto, Paulina retornó a sus viejos predios: bajo la vista hacia la alfombra de yute y compruebo que duerme profundamente. Halagada por la deferencia, sonrió. En automático, extiendo una mano y bebo agua de mi taza preferida: “la taza de mi mamá”, pienso, aunque no era suya —solo la bauticé así—; la compré hace treinta y un años, un mes después de que ella muriera. Al darme cuenta de la taza que me tocó en suerte (uso una distinta cada día), volteo a mirar el retrato en la biblioteca y creo que mi madre me sonríe. ¡Por fin!, dirá.

Comencé a trabajar en esta crónica a principios de la década pasada. Las primeras páginas se escribieron muy temprano, casi solas: mientras revisaba periódicos, encontré la reseña de un acto gubernamental que Hernán Lugo Galicia —Ñapita— hizo para *El Nacional* en junio de 2004. Tras leer esa nota supe que había encontrado el arranque. Gracias a Lugo Galicia pude recrear y aliñar la escena que abre mi relato.

Esas líneas debieron aguardar a que avanzara en la investigación. Con la revisión de diarios, ensayos, investigaciones periodísticas, documentos, las primeras fotos y los primeros videos, llené fichas y fui organizando una cronología de sucesos y un listado de posibles entrevistados (fuentes vivas). Mi intención inicial era escribir sobre el referéndum revocatorio del año 2004 en Venezuela. Buscaba ir más allá de los resultados; quería entender el proceso que viví como ciudadana y que me dejó una siembra de dudas y un mal sabor de boca. Cuando le comenté a mi editor el tema, entrejuntó las cejas y apretó los labios. Fue un gesto mínimo en el que creí captar escepticismo —un “no le veo el queso a la tostada”— y enseguida reaccioné: “No sería solo el referéndum, sino también el marco; el contexto que llevó a ese evento”. Mi editor no sabía —en ese entonces, yo tampoco— que lo que creía objeto de la investigación en realidad era un pretexto para adentrarme en unos hechos que mi intuición periodística me decía que debía jurungar pero que me resistía a enfrentar. En el camino entendí y acepté que el meollo del asunto —de mi asunto— estaba en lo que había sucedido antes de agosto de 2004.

Escribí *La oscuridad no llegó sola* a caballo entre la ciudad de Monterrey —en el norte de México— y Allariz —un acogedor pueblo gallego del noroeste de España—. La primera entrevista la hice el 11 de noviembre de 2011, a las once de la mañana. Cinco horas más tarde sostuve la segunda. Después vendría un centenar de conversaciones más.

En total, fueron diez años de trabajo, pero no fueron años continuos. Sí, comencé en 2011, pero en el trayecto hubo unas cuantas interrupciones.

En febrero de 2014 entré de lleno a escribir, y ya para esa fecha había tenido dos paradas forzosas: una larga, entre agosto de 2012 y marzo de 2013 —por una mastectomía bilateral—, y otra corta, en julio-agosto de 2013, cuando robaron mi casa y entre lo despojado se llevaron mi PC y la portátil (sobrevivió un disco duro externo). Después, por distintas circunstancias, me vi obligada a otras pausas. Al cabo de cada una, repasaba lo escrito y retomaba: entrevistas, transcripciones, confirmación, documentos, videos... A comienzos de 2014, cuando me senté a encarar la narración, ya había entrevistado a cuarenta personas, y me sentía con seguridad para dar los primeros

pasos; aunque más tarde, con más documentos y entrevistas, tuve que devolverme e intercalar otros capítulos.

Construí mi relato a partir de documentación hemerográfica, bibliográfica, fuentes audiovisuales y con la información obtenida en 105 entrevistas a protagonistas y testigos de los hechos acontecidos entre 1999 y 2004 en Venezuela. Fueron más de 185 horas de grabación, sin contar los encuentros —sin grabador en medio— que sostuve con participantes de diversos eventos y los intercambios puntuales para confirmar datos, cruzar historias, retratar escenarios o entender legajos judiciales, reportes médicos, información policial o simbología militar. No tuve acceso al testimonio directo de uno que otro personaje de la época —porque rechazó la entrevista o me plantó—, pero obtuve información de sus pares, asistentes o amistades; además, esos mismos personajes, remisos a que los entrevistara, en su día ya habían ofrecido declaraciones —nunca desmentidas— y habían contado sus versiones en escenarios públicos, como foros o la Asamblea Nacional, y también habían accedido a hablar con respetados periodistas e investigadores.

Las actuaciones y declaraciones de personeros gubernamentales se rescataron de sus múltiples apariciones registradas por medios nacionales e internacionales; revelaciones —corroboradas— de distintas personalidades de la época; grabaciones de transmisiones de radio y TV y documentos: discursos oficiales, minutos de reuniones, audios, declaraciones ante fiscales del ministerio público y diputados al Parlamento.

Algunos pasajes los narré con el testimonio de dos, tres, cuatro y hasta cinco de los protagonistas, entrevistados cada uno en diferentes oportunidades y lugares. Otras escenas pude reproducirlas gracias a testigos y al abundante material audiovisual que ha persistido a través de los años: fotografías, audios filtrados de conversaciones telefónicas o redes confidenciales de radio y videos —muchos videos— que por lo menos hasta el año 2022 se podían encontrar en internet.

Con toda esa información pude revivir momentos clave de la historia, e incluso meterme —en ocasiones— en el pellejo de los figurantes. En las páginas que siguen, a partir de hechos documentados, me di permiso para recrear situaciones y reconstruir diálogos —no vividos en primera persona— con el fin de acercar al lector lo más posible a lo sucedido. Al registrar episodios tan intrincados, áridos y

enmarañados como los que encaro, me centré en tratar de entenderlos y mostrarlos de forma que también se entendieran. De la manera más “potable” y ajustada a lo ocurrido. Con los colores, el tono y la intensidad que tuvieron en el momento en que ocurrieron.

La oscuridad no llegó sola es una crónica periodística en donde se encontrarán voces resguardadas tras pseudónimos: son identidades protegidas porque así conminan los tiempos que se vivieron y se siguen viviendo tantos años después.

Los hechos que se narran conforman una ristra de pérdidas: gobernabilidad, instituciones, garantías, derechos... vidas. Sobre todo, vidas. Es una historia que dejó muchos muertos; muertos que hoy en día parecen olvidados, tapizados por los que vinieron después, por los que siguieron y siguen llegando, por los más recientes —los de 2007, 2008, 2010, 2011, 2014, 2015, 2016, 2017, 2018, 2019, 2020, 2021, 2023, 2024 y 2025—. Por eso, en esta historia quise registrar cada uno de ellos con los mayores datos posibles (los que consiguiera). Porque —aunque suene a cliché— no eran meras fichas, eran seres con nombre, oficio, querencias, deudos.

Fueron años peleando con la pantalla, enredada entre tantos relatos. Entre tanto ruido. Hubo veces —bastantes— que me sentí aturdida por una bulla constante: eran muchas voces hablando y contando al mismo tiempo, pero no siempre, el mismo cuento. Yo tenía que armar un rompecabezas, pero antes debía despejar y limpiar la mesa en donde lo iba a asentar. Debía desbrozar el terreno. Me resultaba difícil avanzar. Cuando creí que había superado los días más negros, de pronto, me encontré con otro también muy negro. Y gasté horas haciendo y deshaciendo líneas. No hallaba cómo reflejar —narrar— de manera cabal la dimensión del suceso, el asombro, el tempo de lo ocurrido. Una noche me fui a dormir como tantas otras, pensando en el texto. Ya en la cama y con los ojos cerrados, de repente me vino un verso que creí reconocer. Encendí la lámpara y tomé nota en la libreta que siempre tengo cerca. Al día siguiente, lo primero que hice fue buscar a César Vallejo en la biblioteca. No recordaba cuál poema era, ni siquiera estaba segura de que fueran suyas esas palabras. Resultó que sí... era Vallejo quien había puesto en un poema el sentimiento que me embargaba. Encontrarlo me ayudó a enfrentar la nube espesa, a recrear un retazo angustioso. Pero no fue lo único que encontré esa mañana: al sacar el libro de Vallejo del estante, un

cuaderno pequeño se vino con él y cayó al piso. Lo recogí y lo dejé a un lado; después, al pretender devolverlo a su puesto, se me abrió en una página en donde había una factura medio borrosa: había comprado el cuaderno —un poemario de cuarenta páginas— a las seis y treinta y cinco de la tarde del 4 de junio de 1993 en la librería La Nacional, en Bogotá. Leí el texto marcado por la factura: era —es— el poema de cuatro líneas *La oscuridad no viene desarmada* del poeta colombiano Miguel Silva. Así hallé el título de mi larga crónica. Los versos del colombiano condensan la esencia de ese período que me había empeñado en contar, de ese tiempo sombrío que ha llegado hasta nuestros días. Sirvan estas líneas para agradecer a Miguel Silva —y a Vallejo— la mano tendida.

*Para Alberto
(por orden alfabético)*

La oscuridad deshace nuestros pasos y nunca actúa sola.
¿La oscuridad?
La oscuridad no viene desarmada.

MIGUEL SILVA

... contar la historia, para que la locura
no acompañe al silencio.

DULCE CHACÓN

El país se ha ido vaciando de gente querida
y ha estado llenándose impunemente de dolor.

JOSÉ PULIDO

Introito

A los países, a la gente, no se los puede
seguir exonerando. No.
En el nombre del pueblo justificamos los errores,
las inconsucciones, la indiferencia,
la ignorancia y hasta las dictaduras.

SIMÓN ALBERTO CONSALVI a RAMÓN HERNÁNDEZ
en *Contra el olvido*

Capítulo 1

El suplente

EL PRESIDENTE no llegó para inaugurar el acto. Todos se quedaron esperando: público nativo y convidados extranjeros. Unos habían sido acarreados en buses, otros traídos expresamente en avión. Pero unos y otros, hasta último minuto, contaban con su presencia. Era lo previsto. Lo deseado. Más de dos mil personas abarrotaban el teatro —había gente apiñada en los pasillos—. Aguardaban que instalara la reunión que él mismo había creado tres años atrás: la Cumbre de la Deuda Social y la Integración Latinoamericana. Nombre rimbombante para un evento igual de rimbombante. Tres días seguidos dedicados a discutir entre iguales —funcionarios, académicos, campesinos, sindicalistas, estudiantes, políticos e intelectuales “progresistas”— el problema de la exclusión social en Latinoamérica y la necesidad del desarrollo endógeno. Tamaño asunto solo podía ser enarbolado por un líder de su talante. Por un verbo como el suyo. El auditorio salpicado de rojo contaba con eso. Con ver al comandante-presidente. Y el ánimo y las consignas —de las que parecían estar contestes hasta los invitados internacionales— iban más dirigidos a respaldarlo como el jefe político que era, antes que a vitorear al promotor de un encuentro que disertaría sobre la pobreza. La audiencia rugía, como rugen desde las tribunas los fanáticos de un equipo de béisbol o los seguidores de un boxeador. “¡No las recogieron, no las recogieron! —era el canto uniforme acompañado de un batir de palmas que registraban grabadores de periodistas y cámaras de la televisión oficial—. ¡No las recogieron, ahora se jodieron!”.

La emocionada proclama preparaba la atmósfera para el presidente, pero él, ese día, no estaba para ceremonias simbólicas; prefirió guardarse en sus cuarteles. O en su palacio. A cambio, envió un bateador emergente: José Vicente Rangel, su vicepresidente. Y fue el

segundo de a bordo, en un gobierno que no admite segundos, quien se enfrentó a la fanaticada que, como siguiendo instrucciones de un animador fuera de cámara, continuaba gritando:

*—No las recogieron, no las recogieron... ¡ahora se jodieron!
—Y si las recogieron... —bramó entonces el vicepresidente desde el presídium— ¡también se jodieron!*

La asamblea se vino abajo. Los gritos y los puños en alto le hicieron ver al orador que estaba haciendo la tarea: representaba a cabalidad el papel. Después de unas cuantas frases que tocaron la “necesidad de rescatar a miles” de la inequidad y alabaron el “avance en la redacción” de una Carta Social para la región, el designado al bate se dedicó a lo que iba: la agenda doméstica.

El miércoles 2 de junio del año 2004, hacía setenta y dos horas que el movimiento opositor al gobierno había completado otra de las exigencias impuestas a mitad de camino por el Consejo Nacional Electoral: la ratificación de casi 1 200 000 firmas puestas en entredicho para convocar un referéndum revocatorio del mandato presidencial. Ese día aún se desconocía la suerte de la diligencia; faltaba que el árbitro electoral otorgara el visto bueno. La expectativa oprimía pechos y azuzaba gargantas. El pueblo llano no conocía los resultados, pero el orador —a juzgar por sus palabras— sí.

—No pretendo introducir en ustedes elementos de desánimo —alegó el vicepresidente en su ejercicio de suplencia—. La verdad de este proceso no está en los reparos de las firmas. No está en que recogieron las firmas que necesitaban. La verdad de este proceso está en el día del revocatorio. Y para entonces, ellos no van a tener, como ahora, tres días para recoger firmas, sino que tendrán un solo día, uno solo, y ahí... ¡ahí!: los vamos a enterrar. Definitivamente, los vamos a enterrar.

Si, en ese instante, a José Vicente Rangel le hubieran puesto un espejo enfrente, se habría visto en medio de su discurso: elegante dentro del traje gris, la camisa blanca y la corbata de seda roja. También habría visto su rostro rosado, lustroso y prensado en donde sobresalía un bigote bien cuidado, el ceño congelado —¿obra del bótox?—, dos rayas horizontales a modo de ojos y, en el centro de esas rayas-ojos, el desprecio en la mirada.

—En el revocatorio, con un universo abierto, no tienen para dónde coger. ¡Están perdidos de antemano!

A lo mejor, quién sabe, José Vicente Rangel también habría alcanzado a ver en ese espejo las bolitas —minúsculas— de saliva que saldrían como un rociador de su boca efervescente. O tal vez no habría visto esas bolitas, pues no había escupido mientras predicaba porque la lengua la tendría acartonada. Seca. Es normal en edades avanzadas que las glándulas salivales no respondan cuando se habla mucho. Y ese que solivianta ánimos desde la platea principal del Teatro Teresa Carreño carga ya con setenta y cinco abriles encima, pese a lo que su esposa y el bisturí pretendan insinuar. O acaso la resequedad en la boca no era culpa del calendario —del suyo—. Igual reacción fisiológica puede ocurrir cuando se tiene miedo o cuando se está —colérico— en medio de una pelea; según los especialistas, al calor de un combate puede suceder que el sistema nervioso autónomo —el sistema simpático, de hecho— comience a mandar señales disparatadas, como que la boca se seque y la lengua se troque en lija rasposa.

—Ellos son fraudulentos por naturaleza... Estamos frente a tahúres... —vociferaba desde la tarima el orador, con saliva o sin saliva.

—No las recogieron y ahora se jodieron —respondía eufórico el auditorio.

Un observador a distancia —historiador, politólogo o un amigo de otras épocas— podría preguntarse qué había pasado con el político de modales lacios que se desdoblaba en respeto por el pensamiento diferente; adónde había ido a parar la persona que en los años sesenta y setenta defendía los derechos humanos; qué había pasado con el individuo que alternaba, almorcaba y cenaba con quienquiera, independientemente de su ideología, y de quien se decía amigo de todos —todos— los presidentes que en cuarenta años habían pasado por el Palacio de Miraflores. Dónde se podría reconocer aquel hombre que en ese instante escupía groserías:

—Y si las recogieron... ¡también se jodieron!

Octavio (identidad reservada). Abogado y activista social.
Fundador del Movimiento al Socialismo (MAS).

ENTREVISTA DEL 30 DE ABRIL DE 2013.

—José Vicente Rangel fue un accidente electoral en la vida del MAS. Las primeras elecciones en las que participamos fueron las de 1973 y en ese momento él fue el candidato unánime para nosotros. Hacia 1978 nace el “teodorismo” electoral, pero entonces yo disentía de esa tendencia. Formaba parte del grupo que dentro de la organización tenía fama de socialdemócrata —“de derecha” nos tildaban— porque les decíamos al MAS y a Teodoro Petkoff que en esa segunda contienda había que volver a votar por Rangel, porque él “llegaba más lejos” en número de votos. Recuerdo que uno de nosotros, Antonio José —Caraquita— Urbina, en una imagen muy buena, llegó a decirle a Teodoro: “Es que a ti todavía se te ve el morral”, el morral de guerrillero. Y José Vicente nunca lo tuvo, él no fue a la guerrilla. Por eso es por lo que digo que José Vicente fue para nosotros una conveniencia electoral.

—Usted que lo conoce desde hace tanto tiempo: ¿cuán importante pudo ser la presencia de José Vicente Rangel en el gobierno entre 1999 y 2004?

—Yo creo que en toda crisis se necesita urredismo y urredistas [por Unión Republicana Democrática, partido fundado en 1945], que son los tipos componedores; son el medio que te falta a ti para completar el real, o la parte de la bisagra que tú no tienes. La cultura urrelista —que yo respeto porque sé que buscar puentes no es nada denigrante— a veces salva de situaciones muy graves. Creo que Rangel pudo haber jugado un papel de conciliador en algunos asuntos, pero, al final, él nunca se ha batido por sus posiciones: si otros deciden lo que hay que hacer, José Vicente inmediatamente se traiciona a sí mismo y al que esté con él.

—De acuerdo con su definición, no sería el típico urrelista.

—Digamos que es de los peores. Un urrelista de poca calidad. Desgraciadamente es una persona que puede irrespetar lo que diga, sin mucho problema, y de eso tuvimos varias experiencias en la vida interna del MAS... Pero él es político, sabe cuándo un cuadro político puede estar complicado, tiene experiencia y conocimiento, y sabe por dónde salir. Tiene relaciones con mucha gente, relaciones que él ha seguido cultivando: con la oposición, por ejemplo... Y siempre conserva

unos puentes, así sean colgantes, hacia muchos sitios. Ese es el papel que pudo jugar. Siempre se necesita alguien que tienda puentes. Fíjate que todos los demás personajes que pudieron ir cumpliendo ese papel se fueron yendo del gobierno. Gente como Luis Miquilena y otros que, más o menos como él, también salieron. El que se queda cerca del presidente es él, José Vicente Rangel, que sabe del oficio.

* * *

Lucía Lucio iba apresurada para su trabajo. No es que estuviera retrasada, pero había planificado llegar más temprano porque quería terminar de cuadrar unos contactos para el programa radial del día siguiente. Esa mañana, sin embargo, el carro por enésima vez le había fallado y tuvo que caminar seis cuadras hasta la estación del Metro para —después de equivocarse de salida en la terminal— enfilarse por fin hacia la emisora, que funcionaba en el mismo edificio del Ateneo de Caracas, a un lado del complejo cultural Teresa Carreño. Serían cerca de las once y media cuando, al acceder al puente de peatones que se levanta sobre la avenida Sur 25, tuvo que restregarse contra una columna para abrirse paso entre la legión de gente que bajaba por las escaleras. “Seguro que el gobierno tiene otro acto en el Teresa”, pensó, mientras sujetaba a la altura de sus clavículas las trabillas de la mochila que colgaba en su espalda. Tenía veinticinco años, hacía tres que se había graduado en la universidad, pero todavía vestía a la usanza de su etapa estudiantil: *blue jeans* desgastados que se deshilachaban en los bajos dejando ver —apenas— unas zapatillas Converse de color indefinido; camiseta rosa fosforecente encima de un *top* negro y aretes diferentes para cada una de las orejas, que quedaban al descubierto con el asimétrico corte de cabello —fucsia en las puntas— que lucía. Cualquiera podía creer que era una chamita. Una chamita abierta y amigable a la que, justo a la mitad del puente, abordó una pareja extranjera y medio *hippie*: él, pelirrojo con un bulto al hombro; ella, rubia, que llevaba un bolso de tela cruzándole el torso. Los dos —blancos como la leche— llevaban gafetes de identificación pendiendo en el pecho. Uno de ellos, la muchacha, con una cámara en la mano le hizo señas.

—A picture? —en inglés preguntó Lucía.

—Yes, please! —contestaron sonrientes y al unísono los hippies.

Lucía tomó la máquina y buscó el mejor encuadre, cuidando que la luz no le estorbara ni se le atravesara alguien en la toma. A ella siempre le había gustado el conjunto arquitectónico que alberga las dos salas teatrales más importantes del país y se sentía orgullosa de que visitantes extranjeros lo apreciaran. Tomó dos fotos de la pareja risueña con el imponente edificio detrás, y cuando quitó el ojo del visor dando por terminada su encomienda, el joven, expresándose en un inglés con acento marcado, le pidió otra imagen.

—Sure! —respondió ella, también sonriente y dispuesta a ayudar a los muchachos, que serían suecos, daneses o, a lo mejor, holandeses integrantes de alguna delegación de visita.

Se aprestó de nuevo a ajustar la mira, pero, mientras enfocaba, vio que la pareja se salió del cuadro. Preferían otro ángulo. No querían que detrás de ellos estuviera la mole del edificio cultural, tampoco el cerro verde que se veía detrás de esa mole; preferían que Lucía los enfocara —siempre sonriendo— con el cerro de San Agustín del Sur atrás.

—¡¿Los ranchos?! —sorprendida preguntó en español, señalando hacia los barrios de San Agustín del Sur.

—Yes, yes... the little houses on the hill —específico el pelirrojo.

—Do you want a picture of poverty?... Take it yourself! —les enjaretó en perfecto inglés y, acto seguido, devolvió la cámara y les dio la espalda.

Prosiguió su camino molesta con los foráneos que —decía— lo que buscaban era una postal de la miseria. ¡Qué bonito!, ellos dos en primer plano con los dientes pelados y los ranchos de La Charneca como fondo. Eso sí que no, ella no se prestaba para eso. Y rumiando su malestar estaba cuando, ya a la salida del pasaje, al pie de la otra escalinata, la detuvo en seco un contingente militar. Se trataba de una comitiva de seguridad para resguardar al vicepresidente de la república, que a esa hora salía de un evento en el teatro. Nadie se podía mover,

nadie —ningún ciudadano vulgar y corriente— podía circular libremente. Una pared humana color verde oliva lo impedía. Diez largos minutos estuvo retenida Lucía antes de que los soldados, perdiéndose en una caravana de no sé cuántos carros, desahogaran el paso.

—De pana, ¡¿qué necesidad?! —soltó en voz alta, más disgustada todavía, mientras de fondo algo como un zumbido le rechinaba los oídos: “No las recogieron, ahora se jodieron!... ¡No las recogieron!...!”.

El despliegue de una amplia comitiva de seguridad no le vino a José Vicente Rangel junto con el paquete de la vicepresidencia de la nación. En su caso, le llegó un poco antes y no precisamente con la descripción del cargo. Cuentan que él comenzó a tomarle el gusto a la nutrida escolta —soldados, carros y motorizados— cuando fue designado para el despacho de la Defensa. Antes de eso, incluso siendo ministro de Relaciones Exteriores, no había mostrado ninguna inclinación a abandonar el cierto recato con el que hasta entonces se había manejado en la vida pública. Solo fue a partir de febrero de 2001, una vez que lo designan titular castrense, cuando empezó a dejarse ver cada vez con más y más desenfado rodeado de custodia militar. Se convirtió en algo natural toparse con camionetas y hasta camiones militares rodeando la quinta Araguaney, su residencia en La Florida, y era frecuente verlo llegar a una reunión en Miraflores envuelto —más que protegido— en una larga columna de vehículos que, a su paso, detenía sin pudor la normal circulación de la avenida Urdaneta para concederle a él vía franca. Aunque parezca mentira, más de un colega de gabinete tuvo que soportar que detuvieran su libre tránsito mientras circulaba por alrededor el convoy en el que se desplazaba el ministro de la Defensa.

Muchos de los que habían sido sus amigos no entendían —siguen sin entender— cómo Rangel se acomodó tan fácilmente a toda esa parafernalia que tanto había cuestionado en otros tiempos y de otras administraciones. A esa caravana, a ese zumbido uniforme de botas militares entrechocándose a su alrededor. No se podía creer.

Y pensar que en diciembre de 1998, después de las elecciones que ganó el teniente coronel, supuestamente se había mostrado renuente a formar parte del nuevo gobierno. En esos días, alegando el deseo de mantener independencia, cuentan que rechazó una y otra vez la idea

de figurar en el tren ministerial. A pesar de haber trabajado para la campaña ganadora, aseguraba que no quería cargos, y aunque nunca se lo escuchó decir “y menos el de canciller”, no es descabellado elucubrar que eso mismo sería lo que pasaría por su cabeza cuando le ofrecieron el puesto. Porque Rangel se resistía a alejarse de su casa y de su familia por más de tres días seguidos —andaba con su clan para todos lados—, y detestaba hacerlo tanto o más que subirse a un avión. Como ministro de Relaciones Exteriores —lo sabía— tendría que hacer las dos cosas que más le repelían: alejarse y volar del timbo al tambo.

Rafael Simón Jiménez. Abogado, político del MAS.

Entre 1999 y 2004 fue viceministro del Interior,
vicepresidente de la Asamblea Nacional.

ENTREVISTA: 30 DE JUNIO DE 2013.

—José Vicente Rangel es frío, calculador, muy inteligente. Para mí es el político mejor dotado que existe en Venezuela... Pero él nunca fue chavista; es más, él no creía en esa victoria del MVR. Y te lo digo yo, que lo conocía de toda la vida. Éramos íntimos. Desde muchachos. En 1998, todas las semanas teníamos una reunión en su casa, y en octubre de ese año todavía me decía: “Ya tú vas a ver que no va a ganar, así han sido todos los fenómenos políticos en Venezuela; no ganó Larrazábal, no ganó Uslar...”. Eso era lo que José Vicente decía en octubre de 1998.

—**Él lo respaldó durante la contienda.**

—Pero cuando lo invitaron a que hablara en el mitin de clausura de campaña, él dijo que no: que tenía que reservarse. Tenía la teoría —que expresaba con toda esa fraseología que utilizaba siempre para impresionar— de que él era el antipoder.

Al José Vicente Rangel que vivió en el siglo XX se lo recuerda como un tipo cordial, de buen humor, que gustaba de echar chistes, disfrutar la comida —“un buen diente”— y compartir de manera abierta y llana. Al contrario de otros personeros, nunca mostró animosidad por la persecución de la que fue víctima su familia durante el pase

de factura que se impuso tras el golpe de 1945 contra el gobierno del general Isaías Medina Angarita. Mantenía una actitud serena frente a las cosas y por eso dirigentes políticos de diversas toldas encontraron en él un interlocutor atento. Se conocía su inclinación política de izquierda, o de centroizquierda, según los más benévolos. En 1945, cuando tenía dieciséis años, debutó militando en URD bajo el ala protectora de Ignacio Luis Arcaya —fundador del partido URD y ministro en el gobierno de coalición de Rómulo Betancourt— y en URD estaba cuando, en 1952, el régimen militar de Marcos Pérez Jiménez proscribió el partido y persiguió a sus dirigentes. Rangel se exilió en Chile, donde se asegura que intimó con el entonces dirigente comunista Salvador Allende. Tras el derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez —en 1958— regresó a Venezuela, y en el primer período democrático resultó electo diputado al Congreso. En el Parlamento permaneció durante cinco períodos consecutivos —veinticinco años— siempre bajo el paraguas de Luis Miquilena y siempre en las filas de la izquierda: bien fuera representando a URD, al MAS, al Partido Comunista de Venezuela (PCV) o al Movimiento Electoral del Pueblo (MEP). Tuvo escarceos en la prensa —revista *Bohemia*, periódico *El Clarín*— y fue tres veces candidato a la Presidencia de la república; las dos primeras veces por el MAS y la tercera como líder de una coalición de pequeños partidos de izquierda. Solo una vez, sin embargo, llegó a superar la barra de 5% de los votos. En el ínterin —sobre todo en la década de los sesenta— destacó como defensor de derechos humanos: es reconocido en casos emblemáticos como el asesinato de Alberto Lovera y las torturas contra Efraín Labana Cordero, ambos dirigentes comunistas.

En 1983, tras su derrota electoral como candidato presidencial, se despidió de la vida parlamentaria, pero continúa en la actividad política hasta que, a finales de esa década, decide “romper” con ese activismo para dedicarse de lleno a escribir columnas de denuncias en diversos medios impresos. Como “denunciador” de oficio, pronto descolló y alcanzó una potestad que nunca le habían otorgado las urnas (en su última incursión apenas alcanzó 3% de los votos). Se convirtió en referente por los muchos y variopintos hechos de corrupción o aparente opacidad que ventiló públicamente. Su influencia llegó a ser tal que hoy sería ingenuo desconocer el papel que jugó en la destitución de Carlos Andrés Pérez en 1993. Durante casi diez años, no

hubo espectro de la vida nacional que no fuera apuntado por su dedo acusador. Bancos, empresas, hoteles, casas de bolsa, partidos políticos, fuertes militares... vieron cómo supuestos trapos sucios se exponían con lujo de detalles a la luz del sol. Se lo veía —y él mismo se veía— con autoridad y predominio sobre la opinión pública. Era tan amplio el conjunto de sus revelaciones y denuncias que se llegó a pensar que disponía de múltiples informantes; no obstante, se da por sentado que su fuente principal de información —el renombrado Cicerón— era un comisario de los servicios de inteligencia del Estado —la Disip, siglas de la Dirección Sectorial de Servicios de Inteligencia y Prevención—, con la cooperación de tres personajes del mundo castrense: uno de la Dirección de Inteligencia Militar (DIM), otro de la Contraloría Militar y otro más de la Comandancia del Ejército.

En cuanto ganó fama de “bien dateado”, dio el salto a la pantalla de televisión. En julio de 1990 comenzó en Televen con un programa dominical —*José Vicente, hoy*— de media hora de duración que, pese a lo esperado, en sus inicios se sintió flojo, frío y sin el *punch* de sus columnas de prensa. La estridencia que lograba la denuncia escrita no alcanzaba las cotas necesarias para la audiencia dominguera de la TV. Solo fue en 1991 cuando cayó en sus manos —quizá del cielo— el caso del zar de la cerámica (como llamaron al presunto acto de extorsión a un empresario de origen italiano), que el programa cobró vida propia —ese día tuvo una hora de duración— y pasó a convertirse en cita obligada para aquellos que seguían el ríspido clima nacional. Muchos lo veían cruzando los dedos para “no verse”.

Llegó a ser tal su reputación y celebridad que fue el estudio de *José Vicente, hoy* el primer lugar adonde, en marzo de 1994, se dirigió el teniente coronel sobreseído por el golpe de 1992 —luego de una simbólica parada en el patio de la Academia Militar— cuando apenas le permitieron salir a la calle.

Por su largo activismo en la izquierda y por el autoendilgado papel que venía desempeñando como juez supremo que exponía vicios y malas conductas de empresarios, militares, políticos y partidos tradicionales, no lució extraño que José Vicente Rangel avalara con su pluma y su imagen la campaña antisistema que, en diciembre de 1998, desembocó en la victoria del militar reconvertido en político. Sí sorprendió a más de uno verlo figurar en el primer gabinete como ministro de Relaciones Exteriores, pese a que se lo señalara como enlace

con la guerrilla colombiana, necesario para concertar un pacto de paz en la frontera, acosada por asaltos y secuestros. Pero, por encima de las opiniones, el ingreso de Rangel al equipo del nuevo gobierno no fue automático. Al principio, incluso, su nombre no aparecía en la quiniela. Nadie lo concebía en ese puesto. Nadie lo nombraba. En su lugar se mencionaban y parecían tener más posibilidades Alberto Müller Rojas, militar retirado y jefe de campaña del Polo Patriótico —la alianza que ganó las elecciones: MAS, PCV, MEP, Patria Para Todos y Movimiento V República—; Ignacio Arcaya Smith, entonces embajador venezolano ante la Organización de Naciones Unidas (ONU); Roy Chaderton, encargado de la sede diplomática en Londres y —en un pequeño círculo— Alfredo Toro Hardy, embajador en Chile. Y así como nadie parecía ver a Rangel en Relaciones Exteriores, él tampoco se veía; o por lo menos en ese puesto. Tomaba distancia. O la aparentaba. Porque una cosa sería rechazar esa cartera y otra negarse a ser ministro. Después de haber sido tres veces candidato presidencial, y luego de años paladeando el poder desde su atalaya de papel periódico, es difícil entender que no quisiera ser gobierno. En todo caso, él continuó mostrándose reacio y su ingreso, en parte por eso, no fue sencillo.

Entre los que conocieron aquel proceso de cerca no faltó quien asegurara que detrás de su reticencia se encontraba Anita —Ana Ávalos, su esposa—, quien, de manera apasionada, al parecer, se había declarado opuesta al abanderado del Polo Patriótico. Algún otro se atrevió a lanzar la hipótesis de que Rangel, conociendo el carácter del nuevo presidente, sabía que en Relaciones Exteriores iba a terminar convertido en un funcionario menor, especie de secretario sin mayor injerencia o decisión en materia de política externa, y eso no concordaba con el papel que había representado hasta el momento, menos con la escala que había llegado a alcanzar. Otros, en cambio, apostaban a que precisamente por ese rol de árbitro soberano que había asumido —sumo sacerdote, reserva moral—, aspiraba a permanecer tras bastidores, lejos de la línea de fuego, como una especie de cerebro gris o conciencia aleccionadora.

Fuera por las razones que fueran, resultaron vanas las maromas que, entre el 7 y el 30 de diciembre de 1998, Rangel hizo —o aparentaba hacer— para resistir. El 31 de diciembre habría sucumbido al asedio de Luis Miquilena, su viejo amigo y protector.

—Luis me puso contra la pared —aseguró a otro antiguo conocido.

—Después de trabajar toda la vida, tú no me puedes dejar solo en esto —le reclamó don Luis, en ese entonces coordinador nacional del Movimiento V República.

Es así como, el 1.^o de enero, Rangel se encontró metido en un avión volando hacia la ciudad de Barinas para entrevistarse con el mandatario electo, quien, dicho sea, tampoco se había mostrado enteramente ganado a la idea de esa designación y, después de barajar nombres, se inclinaba por Alfredo Toro Hardy, a quien recién había descubierto. Pero Luis Miquilena era entonces el único hombre que parecía influir no solo en José Vicente Rangel sino en el ánimo del nuevo mandatario, y a media mañana del primer día de 1999 se apareció en la finca del empresario Tobías Carrero, a las afueras de Barinas.

—¡Hugo!... ya este aceptó —apuntó Miquilena con el pulgar derecho al hombre que venía a su lado: José Vicente Rangel.

Existen dudas sobre si “Hugo”, para ese momento, ya estaba enterado —y había aprobado— lo que infería el recién llegado. Lo que sí es cierto es que Luis Miquilena arribó con cara de mandado hecho y —tal vez para no dar lugar a arrepentimientos— desde los terrenos del hato Caroní, a las dos horas de haber llegado, él mismo mandó a convocar una rueda de prensa en medio de la sabana para anunciar al nuevo canciller.

Carlos Blanco. Político, doctor en Ciencias Sociales. En 1983 estuvo en el comando de la candidatura presidencial de José Vicente Rangel. Entre 1984 y 1999 estuvo en cargos destacados en la administración pública. En 1999 era director de Primicia.

ENTREVISTAS: 25 Y 26 DE ABRIL DE 2013.

—Fue cercano a José Vicente Rangel, pero me ha dicho que, para usted, es una persona irreconocible. ¿Cómo era el que usted conoció y en qué ha cambiado?

—José Vicente Rangel era un personaje cordial. Había sido una especie de opositor consentido por todos los gobiernos. Los presidentes

lo apreciaban, aunque él siempre mantuvo una vinculación con los partidos de izquierda, especialmente ligado al tema de los derechos humanos, campo en el cual cumplió una inestimable labor en la época de la lucha armada en la década de los sesenta, al exponer los atropellos, los excesos, las torturas, incluso las muertes ocasionadas por la Policía política en la lucha contra la insurrección. Y aunque algunos pudieran decir que fue una visión unilateral porque José Vicente no condenaba la violencia que se hacía desde la izquierda armada, hay que destacar que él nunca estuvo de acuerdo con la lucha armada. Era crítico. Esta actitud, sin embargo, no impidió que como parlamentario se codeara con Carlos Andrés Pérez, Luis Herrera, Jaime Lusinchi, Rafael Caldera. Tenía una relación muy amistosa con todos ellos. En buena parte del período democrático, José Vicente no fue nunca un tipo radical ni estridente. En algún momento él cambia y se convierte en un “informador”.

—En la década de los noventa.

—Es cuando comienza su etapa de denuncias. Tenía fuentes de información muy buenas, pero a veces eran informaciones inexactas o equivocadas. Personalmente tuve una experiencia en ese sentido; él denunció algo, y le advertí: “Eso que publicaste no es verdad, porque tengo relación directa con la gente aludida, y eso no es así, por esto...”. Le di argumentos. Me respondió: “Esa es la información que tengo, déjame averiguar”. Pero nunca averiguó, y si averiguó, no rectificó. Aquello me llamó la atención, porque fue un caso que yo puedo testificar en forma directa, pero había otros casos en que me decían: “Esto que dijo José Vicente no es cierto”. Y, que yo me acuerde, jamás rectificó. Esta actitud se profundizó en el marco creado por Alfredo Peña, en la dirección de *El Nacional*, y por el propio Rangel. Ellos dos se convirtieron en los paradigmas de informaciones que ya tenían un propósito político. Porque, al principio, yo le atribuía a José Vicente el deseo de informar, de ser el hombre más enterado de todo, algo normal en el periodismo; pero poco a poco empecé a ver que su comportamiento tenía una abierta intencionalidad política destinada a crear o a contribuir a crear la crisis... José Vicente se convirtió en una especie de inquisidor, y se le comenzó a temer.

—Por la información que él podía manejar.

—Por la información que manejaba. Nosotros habíamos hecho trabajo político, incluso éramos amigos, y siendo yo ministro de Carlos Andrés Pérez nos seguimos viendo... Con el tiempo, él va cambiando: se

convierte en el orientador de la crítica al gobierno y se inserta en toda esta estrategia para sacar a Pérez del poder. Pero, incluso entonces, aun estando metido en esa estrategia, me llamó y me avisó de lo que venía; es decir, ¡me avisó para que yo le informara al presidente!... Luego, muchas más cosas cambiaron. Nos seguimos hablando, ya no con frecuencia, pero mantuvimos la relación; tan es así que, cuando lo escogen para el Ministerio de la Defensa, me llama: "El viernes me juramento, quisiera que tú fuieras". Le respondí: "Con mucho gusto, mándame la invitación". Obviamente, no me mandó la invitación. Y ese fue ¡el último contacto! que yo tuve con él. En febrero de 2001. Más nunca supe de él. Para el año 2002, ya en esas alturas, José Vicente había cortado todas las amarras, había roto con ese papel de componedor de izquierda, con esa actitud de hombre del diálogo que lo había caracterizado.

Capítulo 2

Faltó coraje político

Miguel Ángel Martínez Meucci. Polítólogo de la Universidad Central de Venezuela con doctorado en Conflicto Político y Procesos de Pacificación de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente en varias universidades de América Latina. Autor de *Apaciguamiento* (Editorial Alfa, 2012), un libro que reconstruye el conflicto venezolano de 2001 a 2005.

ENTREVISTA: 11 DE NOVIEMBRE DE 2011.

—Entre los años 2002 y 2004 una coalición opositora supo mantener en jaque al gobierno, sin embargo —pese a su aparente fortaleza y a estar integrada por representantes de diversos sectores de la sociedad— no pudo derrotarlo. ¿Por qué? ¿O por qué el gobierno ganó la partida?

—Ante todo, creo que es importante tomar en cuenta que el presidente no llega al poder por pura casualidad. Llega por la combinación de varios factores que podemos llamar estructurales, y obviamente también por hechos fortuitos; y, en este caso, cualquiera de esos hechos fortuitos o puntuales, en caso de no haber ocurrido, hubieran impedido que él llegara al gobierno. Desde el punto de vista de los factores estructurales, está la dependencia del petróleo: el hecho de que nosotros seamos un país rentista y sobre todo la manera en la que estábamos acostumbrados a que se manejara la estabilidad política. La estabilidad política se había logrado en Venezuela a partir del Pacto de Puntofijo [firmado en 1958 por distintos sectores políticos para sostener

la naciente democracia], en lo que algunos polítólogos llaman el “sistema populista de conciliación de las élites”. Así se logró una transición hacia la democracia. Gracias a la inteligencia política de los actores de aquel momento, pero gracias también al recurso petrolero que permitió reducir los niveles del conflicto. ¿Qué pasó? Que se vivió un *boom* o una serie de *booms* petroleros, pero el sistema, en general, empieza a fallar. Las fallas se evidencian en la década de los ochenta. En los noventa, Carlos Andrés Pérez intenta hacer un cambio, pero el país lo rechaza. Y digo “el país” porque todos los sectores sociales rechazaron las medidas. Desde entonces más nadie ha querido asumir un discurso distinto, nadie ha querido decirle la verdad a la gente acerca de este modelo rentista, acerca de su viabilidad en el tiempo y acerca de una reestructuración de la economía. Claro, eso es un proceso titánico que tiene un costo, y los políticos no se atrevieron. Entramos, entonces, en un momento de enorme debilidad del sistema político y, en ese momento, el hoy presidente —pese a haber intentado un golpe de Estado— no es inhabilitado para optar a la Presidencia, y logra ser presidente.

—**Eso sería un hecho fortuito.**

—El sobreseimiento, sí. Quizá “fortuito” no es la palabra adecuada pero sí pesó mucho ese acto. Creo que hubiese sido importante que hubiera sido enjuiciado. Otra cosa, muy distinta, es que, después del juicio, fuera amnistiado; pero el hecho de que la persona que dio un golpe de Estado hubiera tenido que responder ante la justicia entraba dentro de lo que uno esperaba —y espera— de una democracia sólida. Luego, vemos que llega al poder con el respaldo de una población que, de alguna manera, había identificado a los políticos como los causantes de toda la crisis, y esto, en gran parte, se produce por un manejo muy malo y hasta irresponsable del diagnóstico de la situación, porque la realidad es que todo el país se beneficiaba del modelo rentista. Sobre la base de ciertos lugares comunes, creados precisamente en los primeros años de la década de los noventa, se había identificado a los políticos como los culpables de todo, en tanto que el pueblo era supuestamente un pueblo virtuoso y sufriente. Una vez que esa interpretación ha calado en la opinión pública —la culpa es de los políticos y la gente, pobrecita, sufre todo—, la consecuencia automática es: hay que cambiar a los políticos, hay que castigarlos, y los resultados de las elecciones de diciembre de 1998 son la expresión de un voto castigo. El presidente llega con una legitimidad enorme, y llega, además, con un discurso

muy neutro, que pudiéramos llamar populista en todo el sentido de la palabra, en donde cabía o podía sentirse identificada gente tanto orientada hacia la derecha como lo que podríamos llamar izquierda. Él recibió el apoyo de muchos sectores: de la *intelligentsia* del país, de los sectores de la academia, de los medios de comunicación, del empresariado... y, sobre la base de esa legitimidad, desarrolla un texto constitucional que es también una fachada. Es una Constitución que se viste con el ropaje de un espíritu legislador muy avanzado, pero en cuyo texto uno puede encontrar elementos cruciales que debilitan los controles sobre el Ejecutivo, donde se prepara el terreno para que el Ejecutivo dicte las normas. Y desde una posición, que yo llamaría miope, el país político no solo lo permitió sino que, en buena medida, lo secundó. En esto hubo gente que se movió por oportunismo, por miopía, o por llevar la corriente. Todo el mundo, de alguna manera, permitió muy fácilmente el cambio de la Constitución. Y una vez cambiada, se cambian también los pactos fundamentales sobre los cuales se estableció la democracia en 1958. Porque la Constitución de 1961 fue la expresión de acuerdos y representaba el alcance de un punto de equilibrio muy importante sobre el cual se mantuvo la democracia durante cuarenta años. Es lo mismo que, de cierta forma, sucedió en Chile o en España: las transiciones después de Augusto Pinochet o de Francisco Franco fueron expresiones de delicados consensos entre las fuerzas políticas del país. Uno debe tener en cuenta que una Constitución debe ser la expresión de un consenso nacional y de élites representativas. Hay que tener cuidado con llevar esto a una posición plebiscitaria. Tiene que haber un papel de élites responsables, de directores de la política nacional y, al mismo tiempo, representativos de la nación, que puedan simplificar y que puedan hablar con el resto del país para llegar a esas alianzas básicas. En este caso no sucedió. La Constitución de 1999 no nació producto de un conjunto de acuerdos básicos de la nación. Sí, fue sometida a referéndum, y del total de la gente que votó obtuvo una amplia mayoría, pero el problema estuvo en que se hizo sobre la base de un sistema en el cual la representación fue en más de noventa y cinco por ciento de las fuerzas del gobierno. Fue una imposición, porque se aprovechó una coyuntura de enorme popularidad para imponer un texto; y no digo imponer un proyecto. La Constitución de 1999 es más para desmontar que para montar un nuevo régimen. Para ese entonces, el proyecto político del presidente no estaba absolutamente claro,

pero sí estaba pensado, y alguien que tuviera la capacidad analítica suficiente podía ver, ya en 1998, que lo que venía no era exactamente otro gobierno más.

—Lo que venía no era un gobierno democrático de izquierda, por ejemplo.

—Exactamente. No iba a ser una socialdemocracia ni tampoco iba a ser un gobierno de una izquierda sujeta a las reglas del sistema. No. El gobierno, aunque no tuviera completamente madurado su proyecto, desde el día que toma posesión ya menciona la idea de referéndum. Venía con la idea de cambiar las reglas del juego. Y como ya dije: se cambió la Constitución un tanto alegremente, y el país político lo aceptó. Como consecuencia de ese cambio va a venir, después, la famosa ley habilitante, que daba poderes especiales al presidente desde el año 2000 hasta finales del 2001. Y es con los decretos-leyes de la habilitante que la gente empieza a darse cuenta de que están queriendo cambiar las reglas. Porque los decretos-leyes ya hablaban, por ejemplo, de expropiaciones, de cambio de modelo económico... Y ahí empieza la reacción por parte de la sociedad, una reacción que no está encabezada por los políticos. Una reacción con profundo arraigo popular, aunque —hay que decirlo— juegan un papel muy importante los medios de comunicación, que ayudan a generar un relato que propicia una situación de conflicto antes que ayudar a desmontarlo. De todos modos, pienso que el conflicto era algo relativamente natural desde el mismo momento en que la propuesta de gobierno era la de un régimen totalmente diferente. En el año 2001, luego de la ley habilitante, empieza a haber esa reacción comprensible pero, quizás, demasiado visceral con respecto a lo que estaba haciendo el Ejecutivo. Soy de la opinión de que también ocurre por un abandono de sus responsabilidades de la clase política. Y esto no es una cosa que yo me estoy sacando del sombrero. Mi área de trabajo básica es el estudio de revoluciones, y uno de los elementos básicos cuando se produce una revolución o el ascenso de un movimiento revolucionario es, precisamente, la falta de voluntad de poder de las élites políticas del sistema democrático anterior o una baja sensible en su capacidad de gobierno.

—De acuerdo con su análisis, lo que sucedió —y por eso la coalición antigubernamental pierde el control— fue por falta de inteligencia política...

—Las élites políticas lamentablemente demostraron no entender la naturaleza del reto que se les presentaba... Ahí está todo lo que tardaron en 1998 para elegir, no un candidato único, sino un candidato relativamente unitario para las elecciones presidenciales. Eso revelaba que no tenían claridad de lo que estaba sucediendo o que pesaron más los intereses particulares que la necesidad de entender lo que era la democracia y los riesgos que afrontaba. Por lo menos la democracia entendida bajo el esquema del Pacto de Puntofijo... Y así es como, poco a poco, se fueron abriendo unas alcabalas para que el modelo del nuevo gobierno fuera ascendiendo. La alcabala del sobreseimiento es responsabilidad de Rafael Caldera; la de permitirle que ganara es culpa de los políticos, pero también de los medios de comunicación, los empresarios y los sectores que de alguna manera lo apoyaron pensando que iba a ser otra cosa. Pero, en cambio, la alcabala de la Constitución tiene que ver sobre todo con los políticos, porque ellos eran los que tenían la posibilidad de bloquear, y sabían o deberían haber sabido lo que significaba, pero prefirieron plegarse a las opiniones mayoritarias. Hubo una enorme falta de coraje político para decir las cosas como deben ser y para hacer las cosas que se debían hacer...

—Plantea que el conflicto a todas luces era “natural” en la medida en que el nuevo gobierno buscó cambiar las reglas, pero menciona también el rol de los medios de comunicación y de cómo elaboraron un relato que, antes que ayudar a disolver, propició el conflicto. Algunos analistas señalan a los medios como creadores y propagadores de un discurso de oposición no del todo acertado...

—Habría que ver cómo habría sido acertado. Yo sí creo que el reto que planteaba, y que plantea todavía el régimen, es un reto radical. Es cambiar radicalmente las bases del país. Entonces, cómo actuar. Es interesante ver cómo con el paso del tiempo todo empieza a cobrar significado y las cosas se ven con mayor claridad, pero esa claridad no existía en el momento en el que se desenvolvieron los acontecimientos. Sin embargo, es oportuno destacar que, aun así, ya desde entonces se sentía que venía algo distinto. Se veía en las palabras y en los actos del gobierno. En las actitudes, en el metamensaje, en la gestualidad del primer mandatario, en la naturaleza de los aliados políticos que buscaba, en la naturaleza de su política exterior, en el concepto de soberanía... En todo ello, ya había posiciones defensivas asumidas antes de que incluso hubiera una crítica. Y una persona que se atrincherá

hablando de vientos de guerra es porque está esperando una guerra provocada por ella misma.

—El período 2002-2004 no fue “una guerra”, pero fue una etapa muy conflictiva en la cual —de acuerdo con lo que sostiene— la sociedad, de manera espontánea, irrumpió contra un modelo que no le cuadra, y esto ocurre en un contexto en donde los medios de comunicación toman las banderas y se convierten en los que cohesionan un discurso, pero, de repente, parece que las élites políticas despiertan y se adosan a ese discurso.

—La lectura que yo hago hoy es que las élites políticas pudieron haber asumido un protagonismo mucho mayor, incluso desde principios de los años noventa. Hay una década, que va desde 1992 hasta 2002, cuando uno ve al grueso de los políticos —hay sus honrosas excepciones— con bajo perfil, con poco protagonismo. Ese comportamiento en parte se les puede achacar a los propios políticos, pero solo en parte. Hay que destacar que la sociedad venezolana tenía metida en la cabeza el chip de que los políticos y los partidos eran parte del problema y no parte de la solución. Reconozco que, por un lado, para los políticos era muy difícil luchar contra eso, porque, además, no los ayudaban los medios de comunicación, y ahí uno ve que la tarea de los políticos se multiplicó enormemente. Ciertamente, había una descomposición en los partidos, y esos partidos fueron los que actuaron como lo hicieron tanto en el segundo gobierno de Pérez como durante el segundo gobierno de Caldera. No estuvieron a la altura del desafío que se les presentó en 1998 y no supieron reaccionar. Pero, de nuevo, para los partidos políticos era difícil operar cuando el aparato comunicacional del gobierno y de los medios privados no favorecía. Por otro lado, tenemos que ver la crisis de representación y de legitimidad que se les presentó a los partidos. Eso es un hecho incuestionable. Luego, también añadiría que hay un grupo de políticos que pertenecen a lo que podría llamarse una “generación perdida”: todos aquellos a los que en un momento dado se los consideró que eran demasiado jóvenes para asumir responsabilidades y que hoy en día —pienso que prematuramente— se los está considerando demasiado viejos. Nuestro proceso político de los últimos veinte años ha sido una molienda tan fuerte que llegó a quemar a toda una generación política. Ellos conforman una generación que debió asumir las riendas del país en la década de los noventa, pero por montones de motivos no lo hizo.

—Y ante la debilidad o ausencia de los partidos, es la sociedad ignorante?, ¿desinformada?, ¿desordenada?, la que en el año 2002 emerge a reclamar.

—Aquí las categorías de lo que es el juego político brillaron por su ausencia, y llegó un momento en que teníamos una oposición —y cuando digo “oposición” no me refiero a los partidos y a los políticos de oposición—, me refiero al país que rechazaba el modelo de gobierno, al país que estaba movido por organizaciones sociales, por ONG, por medios de comunicación, por gremios... que espontáneamente explotó. Ahora, ¿esa explosión se podía evitar? ¿Se podía demorar? ¿Se podía hacer otra cosa? Por supuesto, siempre se puede hacer otra cosa. Pero el fenómeno se dio por una sucesión de hechos que van haciendo que el problema sea cada vez más grave, y en todo este panorama no se vio la naturaleza del problema desde el inicio: primero, se libera a quien intentó un golpe de Estado, sin que medie un juicio y tras decretar que el caso sea sobreseído; después, no hay inhabilitación política y, finalmente, el que resulta presidente no llega solo, sino que llega acompañado de un inmenso apoyo popular que ha surgido, precisamente, como consecuencia del discurso interpretativo de la realidad nacional. El nuevo líder es el vengador que llega a satisfacer a una población que, según ese relato predominante, era humillada, no tenía culpa de nada, porque aquí todo era culpa de unos políticos.

—Ese es el discurso de la antipolítica.

—Exactamente. Yo no voy a decir que todo es una conspiración, pero hay intereses y también hay ignorancia. En todo esto no subestimaría el papel de la ignorancia. Si hubiera habido el conocimiento político que hay hoy en día, estoy seguro de que todos estos actores —medios, gremios, organizaciones sociales...— se hubieran comportado de una manera diferente, teniendo los mismos intereses. Así llegamos al año 2002, y en 2002 el reto era mucho más difícil, mucho más complicado.

—¿Se podría decir que —el país— se perdió por “inasistencia”?

—En cierto sentido sí, y esto es característico de los procesos revolucionarios; generalmente, un revolucionario no puede tomar el poder cuando las élites políticas tienen claridad, visión, capacidad de gobierno. Una élite política bien montada, bien estructurada no pierde el control del país tan fácilmente. Aquí, en cambio, vemos que desde 1992 hasta 2002 la élite política no ejerció como tal y, sí, faltó coraje de parte de muchos políticos.